Importancia del elemento autobiográfico en la novela "Sab" de Gertrudis Gómez de Avellaneda.

MARIA JOSE ALONSO SEOANE

1. LA PUBLICACION DE *SAB*.

La aparición de *Sab* fue un pequeño acontecimiento en el Madrid de 1841. Después de años de intensa actividad creadora en poesía y teatro, la aparición de una *Novela original* de cierta ambición, aún suponía relativa novedad en el panorama literario español, sin que fuera fácil precisar la causa de este fenómeno. "No será por cierto la falta de interés y boga de esta clase de producciones -comenta Nicomedes Pastor Díaz-. Ninguna hay que le exciten en más alto grado: ningún libro de los infinitos que hoy se publican, cuenta con un público más numeroso; ninguno está más seguro de obtener fama, de dar nombrandía; ninguno es más popular. Dígase lo que se quiera de la influencia de las novelas en las costumbres, las novelas son actualmente una necesidad y una necesidad muy general y muy viva" (1). Frente a esa ascensión arrolladora de la novela en lo que va de siglo, la crítica inmediata y mediata (R.F. Brown, J.F. Montesinos...) ha señalado esta escasez y

(1) "De las novelas en España, con motivo de la publicación de *Sab, Novela original*, por la Señorita Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda", publicado en *El Conservador*, 19 de Diciembre de 1841; recogido en las *Obras Completas*, Madrid, Atlas, 1969, tomo I, pág. 119.

falta de relevancia de la narrativa hispana; de aquí que la primera novelita publicada por la Avellaneda ofrezca un interés objetivo para la historia de la literatura española. En el Madrid de la época, por añadidura, donde la belleza criolla y el carácter de Tula acababan de darse a conocer y a triunfar, despertaría interés -quizás todavía revuelo de curiosidad- tanto por la autora como por la misma naturaleza de la obra. Pocos testimonios concretos nos quedan de la actitud de la crítica ante las primeras publicaciones de la Avellaneda (*Sab* y *Poesías*, las dos en 1841): el tono de subido pesimismo que emplea la autora sorprende a J.N. Gallego al conocerla (2), pero no a los entonces jóvenes o menos jóvenes, a quienes resulta ya natural conjugar salud y bienestar con hastío, dolor y muerte. Al contrario, quizá para éstos, ya en el inicio de la década de liquidación del romanticismo, esa conjunción paradójica sea algo ligeramente pasado ya, así como su sentimentalismo; y junto a sus aciertos, la crítica -en lo que se refiere a *Sab*, ejemplificada por Pastor Díaz (3) - señaló, muy elegantemente, sus errores.

En cuanto a la publicación de la novela en cuanto tal, hay dos aspectos que ofrecen cierta dificultad y que tocaremos brevemente, puesto que se trata de asunto conocido:fecha de redacción de la novela y suerte posterior de la edición. En cuanto al primero, es poco menos que imposible aclararlo definitivamente, pues si bien en el *Prólogo* a la primera edición (Madrid, Imprenta de la Calle del Barco, 1841, dos vols.) la autora declara haber hecho dormir su obra en el fondo de la papelera por espacio de tres años (4), nunca sabremos el tiempo exacto que

(2) "Cuál fue, pues, nuestro asombro cuando nos encontramos con una señorita de veinticinco años, en extremo agraciada, viva y llena de atractivos!" (Prólogo a las *Poesías de la excelentisima señora doña Gertrudis Gómez de Avellaneda de Sabater*, Madrid, 1850, pág. 10).

(3) Crítica que por otra parte resulta contradictoria, entre el deseo de animar y el de corregir, siendo así que el mismo escritor se encuentra en un momento de indefinición hacia el género (Véase mi introducción a *De Villahermosa a la China*, Madrid, Espasa-Calpe, en prensa).

(4) "Tres años ha dormido esta novela casi olvidada en el fondo de su papelera; leída después por algunas personas inteligentes que la han juzgado con benevolencia, habiéndose interesado muchos amigos de la autora en poseer un ejemplar de ella, se determina a imprimirla". *Sab*, ed. de Carmen Bravo Villasante, Salamanca, Anaya, 1970, pág. 37. En adelante las citas del texto se harán por esta edición, indicando solamente entre paréntesis el número de la página correspondiente. Los rasgos temáticos más destacados de la novela se tocan en la introducción, así como en el anterior libro de la misma autora, *Una vida romántica: la Avellaneda*, Barcelona, EDHASA, 1967, págs.77-89.

va desde el inicio de la novela hasta su conclusión con destino al olvido; ni el transcurrido desde su lectura privada -seguido de un proceso de suscripciones en diferentes ciudades- al momento de la impresión (5). Los testimonios de la autora deben tomarse con cautela, pues es claro que la Avellaneda tenía un sentido "artístico" de la exactitud en determinadas referencias a datos y fechas; las afirmaciones de sus coetáneos o de la crítica posterior no contribuyen demasiado a clarificar definitivamente este punto, que si bien en sí no tiene gran importancia, puede dar luz a la interpretación de la novela en su totalidad. En carta a A. Neira (28-II-1843), afirma la autora: "En 1836 salí con mi familia de Cuba para Francia [...] en ratos de ocio escribía desaliñadamente el *Sab*, que comencé en Lisboa, en 1838" (6); sin embargo, el *Prólogo* citado parece indicar que debería haberse escrito en Galicia, como algún crítico piensa (7). Su gran amigo, Pastor Díaz, que escribe sobre *Sab* en 1841, en estrecho contacto con la autora, declara que ésta había escrito su obra "cuando sus pies no habían pisado el suelo de la vieja Europa; cuando sus ojos no habían visto el cuadro de la antigua sociedad; cuando su alma acaso no conocía más que un sentimiento y una pasión"(8). Quizás lo más acertado sea considerar que en todas las versiones hay parte de verdad y lo que pudo ser embrión de novela en la isla antillana se conformara en la Península; lo importante, como luego veremos, es el momento vital en el que fragua el relato y éste es anterior al pleno asentamiento de la Avellaneda en la sociedad sevillana primero y en la Corte después.

En cuanto a la suerte que corre la novela después de su aparición impresa, no afecta a la obra en sí ni a su intencionalidad primera; y sólo cabe precisar que, si bien, como es conocido, se le prohibe la entrada en Cuba por contener doctrinas subversivas (9) no hay prue-

(5) Cfr. L. Cruz de Fuentes, *La Avellaneda (Autobiografía y cartas)*. Madrid, Imprenta Helénica, 2ª ed., 1914, pág. 157.

(6) Aparecen éstos y otros datos, bien conocidos, en cartas de la autora publicadas por E. Cotarelo, "La Avellaneda y sus obras. Ensayo biográfico y crítico", *Boletín de la Real Academia Española*, t.XVII, cuad. LXXXII, abril, 1930, págs. 185-205.

(7) Cfr. Edith. L. Kelly, "La Avellaneda´s *Sab* and the political situation in Cuba", *The Americas*, I, enero, 1945, nº 3, pág. 304. También señala como probable una fecha de redacción todavía anterior (pág. 310).

(8) *Obras Completas*, ed. cit., pág. 121.

(9) Cfr. E.L. Kelly, art. cit., págs. 306 y ss.

bas que hubiese ocurrido nada similar en España, como ya ha indicado Cotarelo, y recoge E.L. Kelly, en contra de un supuesto secuestro de la edición aducido en *El Museo* (La Habana, 1883) (10):"No consta que la novela haya sido retirada del público por los parientes de la autora ni por nadie. En mi juventud recuerdo haberla visto en casi todos los baratillos de libros de Madrid" (11). En cuanto a la no inclusión en sus *Obras* (Madrid, 1869-71), es posible que el cambio de circunstancias en la vida de la autora con respecto a la fecha de aparición de *Sab*, influyera en su decisión por motivos extraliterarios, pero debe considerarse que la Avellaneda excluyó varias obras suyas de esta edición (12) y *Sab* era precisamente una obra primeriza, elogiada por sus amigos con la reserva necesaria para hacerle comprender que sólo era aceptable como ensayo de juventud; juicio no inapelable acerca de la calidad de *Sab*, pero de gran influjo en la Avellaneda por el peso de sus autores en la vida literaria del país. "*Sab* es un cartel -resume Pastor Díaz- es un heraldo, que anuncia a la literatura española la existencia de una novelista. *Sab*, a pesar del calor de alma con que está escrita, a pesar de las inspiraciones de sentimiento que la animan, de los detalles de genio que en ella chispean, no es el sol todavía; pero es la aurora" (13). La Avellaneda misma, al publicarla, se adelanta a estas críticas - que quizás le hubieran sido hechas antes oralmente- advirtiendo que lo hace "sin ningún género de pretensiones" y que acaso "si esta novelita se escribiese en el día, la autora, cuyas ideas han sido modificadas, haría en ella algunas variaciones; pero sea por pereza, sea por la repugnancia que sentimos en alterar lo que hemos escrito con verdadera convicción (aún cuando ésta llegue a

(10) "Se publicó en Madrid, en 1841: pero la corta edición que se hizo fue, en mayor parte, secuestrada y retirada de la circulación por los mismos parientes de la autora, a causa de las ideas abolicionistas que encierra". Cfr. Figarola-Caneda, *Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Madrid, 1929, pág.77.

(11) art. cit. pág. 152. Hay críticos posteriores a Cotarelo que al parecer no lo tienen en cuenta y dan por buena la versión del secuestro (Cfr. A. J. Carlos, "*René, Werther* y *La Nouvelle Héloise* en la Primera Novela de la Avellaneda", *Revista Iberoamericana*, 1965, 31,pág. 237; J.I. Ferreras, "El tema americano en la novela del XIX. Orígenes y desarrollo", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1973, 279, pág. 565). En mi opinión, habría que desechar la realidad del secuestro por falta de pruebas; de hecho, a modo de anécdota, puedo decir que en este mismo año 1983 he encontrado un ejemplar de esta edición, a bajo precio, en una librería de viejo de Sevilla.

(12) Por ejemplo *Leoncia* y *Guatimozín*.

(13) *Obras completas*, ed. cit., pág. 124.

vacilar) la autora no ha hecho ninguna mudanza en sus borradores primitivos" (p. 37). Es decir, que dejando aparte la obligada falsa modestia, la Avellaneda en 1841 no estaba dispuesta a cambiar de momento lo que había escrito en principio, pero no es improbable que veinte años después, con ésta y otras obras decidiera cortar por lo sano sin explicar criterios -¿ideológicos, literarios, de conveniencia, todos a la vez?- y excluirlas de los volúmenes dedicados a sus *Obras literarias, dramáticas y poéticas.*

2. *SAB*, NOVELA DE EPOCA.

Sab, novela realmente americana -y no como tantas anteriores en los albores del romanticismo- se reúne con sus semejantes en el panorama literario del momento a partir de los elementos que la constituyen, algunos de carácter prerromántico o de un primer romanticismo si se prefiere -que le dan un tono característico en fecha tan tardía- y otros plenamente románticos. Rasgos epocales como la mitificación del salvaje (14) y el consiguiente rechazo de la sociedad (15), la sensibilidad extremada, la naturaleza tropical (16); por otra parte, la condición marginal de Sab, marcado desde su nacimiento, la oposición entre méritos y deseos y destino, de la que tan consciente es el mulato (17) y el conflicto amoroso de obligada solución mortal trazan la esencia trágica de la novela.

(14) "Aquí vivían felices e inocentes aquellos hijos de la naturaleza [...] ¡Oh Enrique! lloro no haber nacido entonces y que tú, indio como yo, me hicieses una cabaña de palmas en donde gozásemos una vida de amor, de inocencia y libertad" (p. 114).

(15) "Pero la sociedad de los hombres no ha imitado la equidad de la madre común, que en vano les ha dicho: ¡Sois hermanos! Imbécil sociedad, que nos ha reducido a la necesidad de aborrecerla, y fundar nuestra dicha en su total ruina" (p. 153).

(16) Conocido es el tratamiento del tema por distintos autores en la línea Marmontel-Saint-Pierre- Chateaubriand, entre otros.

(17) Cfr. R.P. Sebold, "El desconsolado sentir romántico", en *Trayectoria del romanticismo español*, Barcelona, Crítica, 1983, págs. 13-43.

Desde el título, el protagonista es Sab (18), un esclavo mulato enamorado de su dueña. Sab no corresponde interiormente a su configuración externa: ni en sentimientos ni en mentalidad ni en cultura tiene algo que ver con sus hermanos de raza y esclavitud. Lo que hay de ideal -en terminología de la época- y gratuito en el personaje ha sido de sobra considerado por la crítica, y éste, como otros aspectos de la novela, no lo trataremos aquí. Sin embargo, cabe adelantar un rasgo del valor testimonial de esta obra con respecto a la Avellaneda si admitimos como posible la relación de Sab con un mulato cubano, conocido ya como poeta en los años inmediatamente anteriores a la salida de Cuba de la Avellaneda: Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés). Los versos de Plácido, que moriría fusilado en 1844 tras una conjuración de esclavos, han sido señalados por E.L. Kelly, creemos que con acierto, como fuente literaria cubana del texto de la Avellaneda, junto con Heredia (19); pero quizás fuera posible extender esa inspiración a la propia persona del poeta, no sólo como poseedor de cualidades similares a las de Sab -sensibilidad, deseos vehementes de libertad contra tiranos, toda la historia de su pasión por su amada Fela- sino incluso físicamente, por rasgos parecidos entre los dos mulatos: de Plácido "desconocemos cuál fue en realidad el verdadero color de su piel: según las facciones que reproducen los retratos que de él se conservan, no tenía más de africano que Alejandro Dumas o Pushkin" (20). Sab ya sabemos cómo nos lo presenta la Avellaneda, con rasgos raciales tan disimulados que Enrique Otway lo cree un criollo hacendado de los contornos: color de un blanco amarillento con cierto fondo oscuro, ancha frente con mechones desiguales de pelo negro, nariz aguileña (21).

(18) Se le han querido dar curiosas -y según creo, improbables- interpretaciones al nombre del mulato; en concreto, Mary Cruz, en el prólogo a su edición de *Sab* (La Habana, 1976), que analiza desde una perspectiva severamente marxista, piensa que Sab fue un esclavo que conoció la Avellaneda y que tal nombre tiene su origen en el que se da a los bosquimanos (pág. 67).

(19) art. cit., págs. 314-5. Ferreras señala la existencia de una obra de Letamendi titulada *Plácido, el mulato, o la Conjuración de la isla de Cuba en 1844* (Madrid, 1849) pero desconoce los sucesos antiesclavistas del 44, reprimidos enérgicamente por O´Donell. (art. cit., pág. 567).

(20) "En el ciento veinte aniversario del fusilamiento de Plácido" (J.P.R.), *Revista de la Biblioteca Nacional "José Martí"*, 1964, año VI, 3-4, pág. 74.

(21) Cfr. *Sab*, ed. cit., págs. 41-2.

Junto a la figura de Sab, otras vidas románticas requieren nuestra atención: Teresa, huérfana experimentada en el dolor y capaz por ello de conocer el interior de los otros, cumple su papel estructural de servir de vehículo a los sentimientos del mulato en dos ocasiones claves de la novela: la cita nocturna y la carta póstuma que Teresa hace leer a su amiga. Carlota, símbolo de la irresponsabilidad romántica,de la inconsciencia:inexperta, sin culpa ni mérito, una víctima más -sin la apariencia de las dos anteriores- cuyo proceso de desencantamiento pronto acaba en la muerte de sus ilusiones. Puede decirse que, en conjunto, la novela alcanza considerable altura literaria por su carácter auténticamente romántico, la primacía de la introspección sobre elementos folletinescos, que no faltan, y la importancia del universo creado, de tan fuerte sabor de realidad -en contraste con otras obras de la autora- que eleva la calidad del conjunto y es prueba palmaria de la intencionalidad del texto que después analizaremos. Es evidente que cae en tópicos -circunstancias concretas de la muerte de Sab, el refugio conventual de Teresa-; incongruencias e inverosimilitudes o elementos melodramáticos dignos de cualquier folletín, como lo referente a la india Martina que ya Pastor Díaz consideraba "como un lunar" en la obra (22), así como diversos clichés estilísticos, presentación estereotipada de algunos personajes, etc. Sin embargo, otros aspectos, además de los expresados arriba, le separan de la novela de carácter popular y no es el menor esa creación de un espacio convincente, un entorno abocetado pero verdadero, específicamente cubano. En verdad, lo más -¿lo único?- irreal de la novela se reserva a los personajes concebidos como románticos de altura, Sab y Teresa, tan cargados de literatura (sin que esto tenga por qué implicar mérito o demérito).

3. LA DETERMINACION DE LA INTENCIONALIDAD DEL TEXTO.

Pero ¿cuál es el sentido de la novela? La crítica inmediata se inclinó hacia la consideración del texto como ejemplo de novela sensible y pasional: Alberto Lista recomendará a la autora que no olvide que el mérito fundamental de la novela está en haber sabido interesar a favor de los amantes no correspondidos (23). Pastor Díaz, que señala como defecto principal atribuir el carácter sublime del protagonista a un es-

(22) *Obras completas*, ed. cit., pág. 123.

(23) Pastor Díaz sin embargo se refiere explícitamente al sentimiento antiesclavista en *Sab*. Cfr. *ib.*, pág. 122.

clavo, no censura en sí la utilización de pasiones extremadas: "Los asesinos, los malvados, los traidores de esta composición, son las pasiones, los caracteres [...] Este es un mérito, un gran mérito sin duda [...] Para que resulten grandes sucesos no tiene necesidad el genio de emplear el puñal ni el veneno. Ponga almas tiernas en la escena, corazones verdaderamente apasionados, caracteres ardientes y generosos y el infortunio, las lágrimas, el interés brotarán de suyo bajo su pluma. No tema la señorita de Avellaneda la censura que puedan hacerle de exageración o de inverosimilitud" (24), aduciendo expresamente el testimonio de Larra en su crítica a *Los amantes de Teruel*. Cotarelo sigue esta línea y parece cerrar los ojos a todo posible abolicionismo, que sin embargo es obvio como, entre otros, hace notar Helena Percas Ponsetti (25). En realidad, puede decirse que la intuición de la Avellaneda, al considerar posible en un individuo de raza negra inteligencia y sentimientos iguales y superiores a los de los blancos -en contra de la opinión común de la época, por desgracia aún sin terminar de desarraigar- constituyen un acierto que fortifica la estructura literaria de la novela y la hace merecedora de un interés excepcional, sin que necesariamente deba ser ésta la clave de su intencionalidad primera, al menos en nuestra opinión.

El tema de la esclavitud ha sido tratado en la novela cubana de la época (26). En todas ellas se pone de relieve la situación inhumana del esclavo en los ingenios y de la misma manera en *Sab* aparece la vida terrible que lleva trabajando día y noche al fuego del sol o al de leña que alimenta las máquinas azucareras, en términos muy ajustados a la realidad histórica (27). Sin embargo, el relato de la Avellaneda se aparta del diseño de un cuadro social de la esclavitud, o, más ampliamente si se quiere, de las costumbres antillanas de la época, como hacen en mayor o menor medida las demás novelas (28), para fijar su interés en la

(24) *id., ib.*, pág. 123.

(25) "Sobre la Avellaneda y su novela *Sab*", *Revista Iberoamericana*, 1962, 28, pág. 349.

(26) Cfr. Enrique Sosa, "La esclavitud en la novelística cubana del XIX", *Revista de la Biblioteca Nacional "José Martí"*, 1976, XVIII, 3, págs. 53-92.

(27) Crf. *id.,ib.*, págs 56-58.

(28) Cfr. S. Bueno "Los temas de la novela cubana", *Asomante*, 1960, 4, pág. 40 y T. Barreda, "Abolicionismo y feminismo en la Avellaneda: lo negro como artificio narrativo en *Sab*", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1978, CXIV, págs. 613-4. Está más cerca, sin embargo, de la configuración física y psíquica del mulato en la literatura romántica francesa (cfr. L.- F. Hoffman, *Le nègre romantique*, Paris, Payot, 1973. págs. 229-251).

trayectoria de un caso singular e imaginario, cuyos parámetros no son tanto las consecuencias de la esclavitud como el abismo injusto que separa dos seres hechos para encontrar su felicidad en la unión y que no puede ser colmado más que con la muerte. Es decir, el tema esclavista se transmuta en el tema romántico por excelencia: pasión, destino, muerte; cumbre y precipicio, felicidad sólo más allá de lo terrenal. De modo general, Alberto J. Carlos viene a considerar que la esclavitud "representa solamente una de las injusticias que la novelista quisiera eliminar" (29) y T. Barreda estima el texto como un "alegato contra la servidumbre del esclavo y de la mujer" (30); el mulato Sab es un esquema vacío y el negrismo de la Avellaneda procede de dos valores previos: el feminismo de su autora -de carácter intelectual- y otro de orden estético: su concepción romántica literaria.

Estas opiniones son acertadas y bien fundadas, pero creemos que para llegar a la intencionalidad primera -no única, desde luego- del texto, es necesario desplazar el punto de vista en que inevitablemente se sitúa el lector en un principio y al que el narrador nos dirige. *Sab*, desde el mismo título, tiene efectos desorientadores: tanto o más interesante que la historia singular del mulato o la vida de los esclavos podría ser la trayectoria personal de Carlota, en la que, gracias al segundo plano donde la sitúa, puede refugiarse la Avellaneda con toda intensidad. La novela primera de un autor parece requerir el sello de autobiografismo, pero en ésta de la Avellaneda se intensifica no sólo como recurso -descripción de experiencias propias, únicas de las que no se carece- sino como necesidad justificatoria; cuestión que se ve muy clara si centramos nuestras miradas en Carlota. La joven criolla no es un gran carácter literario romántico como Sab y Teresa (31); tiene una dolorosa y quizás insignificante realidad, pero toda la novela es un canto a la

(29) art. cit., pág. 237. A.J. Carlos atribuye la incompresión de la crítica contemporánea hacia *Sab* al desconocimiento de la tradición literaria extranjera en cuya línea se inserta; creemos que en todo caso lo anómalo de la obra se debe a su especificidad cubana, pues en España, aunque faltaran novelas originales, las traducciones abundaban y los hombres de letras estaban al tanto de los movimientos europeos.

(30) art. cit., pág. 616.

(31) En contra de algún crítico, pensamos que, aunque las figuras de Sab y Teresa puedan recoger algún destello de la personalidad de la Avellaneda, es en Carlota donde se proyecta plenamente, haciéndola su *alter-ego*.

juvenilidad (32) y Carlota su verdadero centro: la historia íntima de una adolescente cubana y alegato personal, autodefensa apasionada de la novelista. Las experiencias, someramente idealizadas, de Carlota, son las de Tula; experiencias al margen de Sab en principio, porque todo el núcleo del discurrir interior de la joven es el amor de Enrique Otway y su suerte, la suerte que Tula hubiera corrido o hubiera podido correr de haberse plegado a presiones familiares.

Todo encaja más si contemplamos la novela desde este punto de vista, ahondando en él lo necesario para probar el alcance estructural de una coincidencia evidente otras veces señalada. Cuanto rodea a Carlota es real: paisaje, ambiente familiar, sociedad isleña incluido el problema de los esclavos; es el marco natural de la Avellaneda contemplado desde una situación especial: de cercanía que facilita su reconstrucción literaria y de añorante distancia que transforma el tema cubano en un homenaje. Por lo que se refiere a ella misma, la importancia del elemento autobiográfico en el relato viene determinada también, y más aún, por el momento psicológico en que la Avellaneda escribe. Tula, siempre amiga de dar explicaciones, de autoanalizarse y exponerse como demuestra su expresiva correspondencia, en la fecha de redacción de la novela debía experimentar una especial necesidad de hacerlo, porque se siente acusada y mal juzgada; quizás también necesitaba esas explicaciones para dárselas a sí misma y ver claro en su propia conducta y afirmarse en ella.Por supuesto no se trata de confundir vida y literatura: y todas estas observaciones no tendrían gran valor si no existiera fuera del texto, además del hecho real de sucesos similares en las vidas de Tula y Carlota, la formulación escrita con intencionalidad no ficcional de muchos de estos sucesos que coincide casi literalmente con la plasmación novelesca de los mismos; exceptuando, claro está, el matrimonio de Carlota que se opone por el vértice a la decisión de Tula de romper su compromiso y convierte a la criatura de ficción en la prueba del acierto de su creadora.

3.1. CUBA, LEJANA Y CERCANA.

" ¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!

(32) "espera [la autora] que si las personas sensatas encuentran algunos errores esparcidos en estas páginas, no olvidarán que han sido dictadas por los sentimientos, algunas veces exagerados, pero siempre generosos de la primera juventud" (p. 37).

¡Hermosa Cuba!" (33)

Estos versos que escribe la Avellaneda en el mismo barco que la trae a Europa, son la proyección del mismo estado de ánimo que preside la redacción de Sab en lo que se refiere a Cuba. Tierra natal recién abandonada: es decir: intenso, romántico amor al marco de su vida hasta entonces y melancolía de lo lejano que produce una consecuente idealización -más aún en contraste con los nuevos lugares a los que todavía no ha llegado a adaptarse- y un deseo de fijar en la memoria y dar a conocer el país que es su patria. Y esto es la isla de Cuba en *Sab*: no se limita su autora a diseñar cuadros de costumbres y lugares pintorescos, aunque de todo hay, sino que, en lo que se refiere a la naturaleza, pretende trazar un cuadro de gran amplitud, en toda su riqueza y esplendor, como elemento clave para la compresión de la tierra y el alma antillana, modelada por su belleza y por su clima; e, indirectamente, consigue transmitir el eco de una sociedad específica que Tula compara sin querer a las que va conociendo entonces en otras latitudes -también Carlota, en su destino, vivirá lejos de Puerto Príncipe, lejos incluso de la isla de Cuba- (34).

La evocación, salvo aquellos momentos sublimes en que el recuerdo objetivo se contamina de literatura como en la descripción de la tempestad, se muestra natural inimitablemente: sólo por muy conocidos surgen detalles espontáneos, que, escapados al tipo de elaboración artística que domina el texto, lo avaloran como documento fiel. Esta veracidad, que se manifiesta especialmente en aspectos marginales como pueden ser la descripción de interiores o la creación de un ambiente sofocante por reiteradas alusiones al calor agobiador, es compatible no sólo con las descripciones "literarias" o pintorescas -las cuevas de Cubitas- sino con el deseo de reflejar y difundir rasgos cubanos; toponimia, léxico y, de manera más indirecta, realidades sociales.

La ubicación se realiza mediante concisas indicaciones a poco de comenzar la novela y en las ocasiones en que algún desplazamiento de los personajes las hace necesarias: "Hallábase el joven de quien hablamos a distancia de cuatro leguas de Cubitas, de donde al parecer venía;

(33) *Al partir* (Soneto), *Obras* de Gómez de Avellaneda, Madrid, Atlas, 1974, I, pág. 237. Hay que tener en cuenta que el movimiento romántico en Cuba seguía muy de cerca al de la península (Cfr. E. Rodríguez Demorizi, "El romanticismo en Cuba. Un apunte y una sugestión", *Revista de la Biblioteca Nacional* (La Habana), 1955, VI, 3, pág. 64).

(34) Cfr. *Sab*, pág. 231.

y a tres de la ciudad de Puerto Príncipe, capital de la provincia central de la isla de Cuba en aquella época, como al presente" (p. 39). La difusión de la flora y fauna, así como de algunos objetos típicos es abundante, aunque traída al hilo de las necesidades del relato. Al nombrar, se describe; y si en algún caso la autora lo juzga necesario, puntualiza en nota el significado de los americanismos. Los ejemplos que pueden aducirse son relativamente abundantes:

> "Bandadas de golondrinas se cruzaban en todas direcciones buscando su albergue nocturno, y el verde papagayo con sus franjas de oro y de grana, el cao de un negro nítido y brillante, el carpintero real de férrea lengua y matizado plumaje, la alegre guacamaya, el ligero tomeguín, la tornasolada mariposa y otra infinidad de aves indígenas, posaba en las ramas del tamarindo y del mango aromático" (p. 40-41).

> "Bien pronto desapareció casi del todo la vigorosa y variada vegetación de la tierra prieta, y la roja no ofreció más que esparramados yuraguanos, algún ingrato yagüey que parecían en la noche figuras caprichosas de un mundo fantástico" (p. 110).

Pero quizás valgan más, como franqueza testimonial, los términos dispersos en el texto, que sin pretensión de tipismo evocan una realidad vivida: *yucas*, *curujeyes*, *taranquela*, *ingenio*, *bohío*, *zafra*, etc.

En cuanto a la contextura de la sociedad isleña, la Avellaneda contrapone la figura del criollo, indolente y generoso a la del comerciante avariento:Jorge Otway, "uno de los muchos hombres que se elevan de la nada en poco tiempo a favor de las riquezas en aquel país nuevo y fecundo" (p. 58), y su hijo, destacando su origen extranjero. Los esclavos -y más literariamente la desaparecida raza india- despiertan la compasión de la autora y la rebelión de su sentido de la justicia, como ya hemos visto.

Estimulada por el conocimiento reciente de otras sociedades, la Avellaneda resalta aspectos específicos de la vida cubana: la riqueza y abundancia de la isla -le había sorprendido el ansia de dinero que encontró al desembarcar en Francia- ; la salud moral del país "donde aún se señalan los vicios, aborrecen las bajezas y se desconocen los crímenes; donde aún existen en la oscuridad virtudes primitivas" (p. 217). Teresa hace valorar a Carlota su patria: una tierra joven, donde todavía son posibles las ilusiones "que acaso no existen ya sino en el corazón de una hija de Cuba" (p. 217) y eleva un canto laudatorio y profético con respecto a Carlota-Tula:

> "Porque hemos sido felices, Carlota, en nacer en un suelo virgen, bajo un suelo magnífico, en no vivir en el seno de una naturaleza raquítica, sino rodeada de todas las grandes obras de Dios, que nos ha enseñado a conocerle y amarle. Acaso tu destino te aleje algún día de esta tierra [...] acaso en el ambiente corrompido de las ciudades del viejo hemisferio buscarás en vano una brisa que refresque tu alma, un recuerdo de tu primera juventud, un vestigio de tus ilusiones; acaso no hallarás nada grande y bello en que descansar tu corazón fatigado" (p. 21.

El trópico sella con detalles magníficos los accidentes de la ambientación física del relato; estas descripciones culminan en la representación de la tormenta nocturna, en la que nada se ha dejado al azar. Desde los primeros síntomas que la anuncian -calor sofocante sin brisa, atmósfera cargada, nubes bajas de un tono pardo oscuro con bandas color de fuego, recelo de animales y silencio de la naturaleza- hasta la plena tempestad que estalla súbitamente:

> "Al soplo impetuoso de los vientos desencadenados el polvo de los campos se levanta en sofocantes torbellinos; el cielo se abre vomitando fuego por innumerables bocas; el relámpago describe mil ángulos encendidos; el rayo troncha los más corpulentos árboles y la atmósfera encendida semeja una vasta hoguera" (p. 76).

De una manera especialmente eficaz, la descripción de interiores evoca la primera juventud de la autora, siendo uno de los aciertos de la novela la creación de un espacio convincente, un entorno abocetado pero real:

> "Era una pequeña sala baja y cuadrada, que se comunicaba por una puerta de madera pintada de verde oscuro, con la sala principal de la casa. Tenía además una ventana rasgada casi desde el nivel del suelo, que se elevaba hasta la altura de un hombre, con antepecho de madera formando una medialuna hacia fuera, y compuertas tambien de madera, pero que a la sazón estaban abiertas para que refrescase la estancia la brisa apacible de la noche" (p. 52).

Por último, vale la pena analizar un punto que unifica interiores y exteriores y la contextura física y moral del hombre -en la medida de lo posible-: el calor del trópico. Las alusiones a la temperatura del ambiente son innumerables o, por decirlo menos poéticamente, son por lo menos setenta, en toda la amplitud de su campo semántico. La mayor parte son indicaciones referidas al calor abrasador: "El sol terrible de la zona tórrida" (p. 40); "adormecimiento que produce el calor excesivo" (p. 53); "bajo un sol de fuego" (p. 58); "bajo aquel ardiente cielo"(p. 62);"aquellas sabanas abrasadas" (p. 75); "cielo que semejaba

un mar de fuego" (p. 79); tarde "cálida y calmosa" (p. 181); "vientos abrasadores del Sur" (p. 156), etc. Con frecuencia se establece el contraste con la brisa característica de las Antillas: "brisa tan refrigerante" (p. 51); "refrescase la estancia la brisa apacible de la noche" (p. 52); "la naturaleza se adormece en medio de las sombras y las brisas"(p. 69); o con su ausencia, señal de situación excepcional como es la tormenta: "Hacía un calor sofocante que ninguna brisa temperaba" (p. 71); "ni la más ligera corriente de aire refrigerada a la tierra abrasada" (p. 75).

El calor figurado, dependiente por lo general del físico en sentido propio, intensifica el ya elevado grado de intensidad pasional en tan románticos personajes. Todo es candente en los protagonistas: la mirada, el alma, la violencia de los afectos -"amor ardiente y desinteresado" (p. 180); "almas ardientes y apasionadas como una fuerza magnética" (p. 102); "bajo un cielo de fuego, con un corazón de fuego" (p. 155), Sab es, formulariamente acorde con su condición de africano (35) el personaje que copa los elementos descriptivos subordinados al calor, sea éste el que fuere: "el fuego que despedían sus pupilas de azabache" (p. 96) "brillar sus ojos con un fuego siniestro" (p. 153); "sus ojos llenos del fuego que le devoraba" (p. 157) "dos ojos, como ascuas de fuego" (p. 70); los labios del esclavo "como ascuas de fuego" (p. 81); "el fuego del entusiasmo centelleaba en sus ojos" (p. 169) (36), etc. Todas las sensaciones de Sab arden y queman -"corazón abrasado de amor, celos y desesperación" (p. 161); "pasiones tan ardientes y profundas" (p. 173); "Me agitaba con un ardor salvaje" (p. 222); Teresa experimenta el vértigo de comprobarlo:

> "hallábase entonces como fascinada por el poder de aquel amor inmenso, incontrastable, cuya fogosa expresión acababa de oir. Había algo de contagioso en las pasiones terribles del hombre con quien se hallaba; acaso el aire que respiraba saliendo encendido de su pecho, se extendía quemando cuanto encontraba [...] veía en sus ojos llenos del fuego que le devoraba; oía su acento que salía del corazón trémulo, ardiente, penetrante" (p. 157).

(35) La Madre del esclavo, nacida princesa y libre en el Congo, amará fogosamente a un blanco: "Una pasión absoluta se encendió con toda su actividad en aquel corazón africano" (47-8). Otelo despierta el entusiasmo de Sab: "¡Qué ardientes simpatías encontrabas en mi corazón! [...] Tú saliste de la Libia ardiente y brillante como su sol" (233).

(36) Ni que decir tiene que la fiebre que consume a Sab hasta su muerte se une a la configuración ardiente del personaje, en múltiples indicaciones.

3.2. TULA Y CARLOTA.

Para establecer paralelos entre formulaciones ficcionales y no ficcionales de la Avellaneda en relación a los aspectos de su vida a los que quiere dar la luz de su propia interpretación y para ello escribe, es preciso recordar algunos episodios de su vida en Cuba. Tula es comprometida por su familia a los quince años para casarse al llegar a la mayoría de edad, proyecto que no se realiza porque al acercarse el momento, la joven, que se había enamorado platónicamente en un principio, sufre una serie de desengaños y rompe el compromiso. Su abuelo, que la había acogido, la deshereda por intrigas familiares y esto determina, entre otras cosas, su venida a España. Siguiendo este esquema, las correspondencias entre la realidad y la ficción pueden yuxtaponerse de manera que queden patentes con toda claridad, transcribiendo en primer lugar textos autobiográficos de la Avellaneda y a continuación los fragmentos correspondientes de la novela (37), de la manera más breve posible y no exhaustivamente por no alargarnos sin necesidad.

1. Situación social acomodada que marca su educación.

(Tula)
"Cuando comencé a tener uso de razón comprendí que había nacido en una posición social ventajosa, que mi familia materna ocupaba uno de los primeros rangos del país, que mi padre era un caballero y gozaba toda estimación que merecía por su talento y virtudes, y todo aquel prestigio que en una ciudad naciente y pequeña gozan los empleados de cierta clase" (38).

(Carlota)
"Echó la vista [Jorge Otway] a la más ricas herederas del país y creyó ver en Carlota de B... la mujer que convenía a sus cálculos. Don Carlos, padre de la joven, había heredado como sus hermanos un caudal considerable, y aunque se casó con una mujer de pocos bienes, la suerte había favorecido a ésta últimamente, recayendo en ella una herencia cuantiosa e inesperada" (p. 60).

(37) Creemos que esta ordenación es preferible por su claridad. Los textos corresponden a las notas autobiográficas que la autora redactó para Cepeda.

(38) Cruz de Fuentes, ob. cit., pág. 40.

2. Enamoramiento juvenil a partir de moldes literarios.

(Tula)
"Por descontado, me persuadí de que el suyo [el carácter de su prometido] era noble, grande, generoso y sublime. Prodigole mi fecunda imaginación ideales perfecciones, y vi en él reunidas todas las cualidades de los héroes de mis novelas favoritas [...] Por desgracia no fue larga la duración de mi encantadora quimera; a pesar de mi preocupación, no dejé de conocer harto pronto que aquel hombre no era grande y amable, sino en mi imaginación; que su talento era muy limitado: su sensibilidad, muy común; sus virtudes, problemáticas" (39).

(Carlota)
"Ninguna duda, ningún asomo de desconfianza había empozoñado un afecto tan puro, porque cuando amamos por primera vez hacemos un Dios del objeto que nos cautiva. La imaginación le prodiga ideales perfecciones, el corazón se entrega sin temor y no sospechamos ni remotamente que el ídolo que adoramos puede convertirse en el ser real y positivo que la experiencia y el desengaño nos presenta, con harta prontitud, desnudo del brillante ropaje de nuestras ilusiones" (p. 57).

3. Parecido entre el prometido de Tula y el de Carlota.

(Tula)
"Era un hombre de buen (*aspecto*) [*sic*] personal y se le reputaba como el mejor partido del país, pariente lejano de nosotros. Cuando se me dijo que estaba destinada a ser su esposa, nada vi en este proyecto que no me fuese lisonjero. En aquella época comenzaba a presentarme en los bailes, palcos y tertulias, y se despertaba en mí la vanidad de mujer. Casarme con el soltero más rico de Puerto Príncipe, que muchas deseaban, tener una casa suntuosa, magníficos carruajes, ricos aderezos, etcétera, era una

(39) *id.,ib.*, pág. 45-6.

idea que me lisonjeaba" (40).

(Carlota)
"Enrique no era ya únicamente uno de los más gallardos jóvenes del país, era también considerado como uno de los más ventajosos partidos" (p. 59).

4. Necesidad de llenar la vida con una pasión absoluta.

(Tula)
"¿Dónde existe el hombre que pueda llenar los votos de esta sensibilidad tan fogosa como delicada? En vano lo he buscado: hombres todos parecidos entre sí: ninguno ante el cual pudiera yo postrarme con respeto y decirle con entusiasmo: Tú serás mi Dios sobre la tierra, y tú, el dueño absoluto de esta alma apasionada" (41).

(Carlota)
"Se hallaba Carlota en aquella edad peligrosa en que el corazón siente con mayor viveza la necesidad de amar, y era además naturalmente tierna e impresionable [...] El sueño presentaba, hacía algún tiempo, a Carlota la imagen de un ser noble y bello formado expresamente para unirse a ella y poetizar la vida en un deliquio de amor" (p. 61).

5. Sufrimientos ocasionados por un exceso de sensibilidad.

(Tula)
" ¡Cuántas veces envidié la suerte de esas mujeres que no sienten

(40) *id.,ib.*, pág. 45. También en lo negativo se parecen: Otway, a quien no le parece mal Carlota, sólo le mueven decisivamente al matrimonio razones de interés; por parecidas razones aprueba el prometido de Tula que se adelante la boda: "ni me amaba (según he creído siempre) ni me aborrecía. Deseaba establecerse con una niña de su familia que tuviese inocencia y alguna hermosura. Mi abuelo había dicho que yo era la que buscaba, y que me daría además todo su quinto (que ciertamente no era despreciable), si me casaba con aquel hombre. Esto le había decidido a él y esto era lo que le movía" (*id.,ib.*,pág. 52).

(41) *id.,ib.*, pág. 49.

ni piensan; que comen, duermen, vegetan, y a las cuales el mundo llama muchas veces mujeres sensatas! Abrumada por el instinto de mi superioridad, yo sospeché entonces lo que después he conocido muy bien: Que no he nacido para ser dichosa, y que mi vida sobre la tierra será corta y borrascosa" (42).

(Carlota)
"-¡Dios mio! ¿se padece tanto siempre que se ama? ¿Aman y padecen del mismo modo todos los corazones, o has depositado en el mio un germen más fecundo de afectos y dolores?..... ¡Ah! ¡si no es general esta terrible facultad de amar y padecer, cuán cruel privilegio me has concedido!..... porque es una gran desgracia sentir de esta manera" (p. 74).

6. Descubrimiento de la realidad: desilusión.

(Tula)
"Volvió en eso mi novio, pero yo no lo vi sin una especie de horror. Desnudo del brillante ropaje de mis ilusiones, parecióme un hombre ocioso y despreciable [...] Yo aborrecía a mi novio tanto como antes creí amarle". (43)

(Carlota)
"Para ella [Carlota] todo había acabado. Vio a su marido tal cual era; comenzó a comprender la vida. Sus sueños se disiparon, su amor huyó con su felicidad. Entonces tocó toda la pequeñez de las realidades, comprendió lo erróneo de todos los entusiasmos, y su alma, que tenía necesidad, sin embargo, de entusiasmos y de ilusiones, se halló sola en medio de aquellos dos hombres pegados a la tierra y alimentados de positivismo" (p. 215).

(42) *id.,ib.*, pág. 61.

(43) *id.,ib.*, págs. 47-8. Un dato más a favor de la importancia del elemento autobiográfico en el texto se encuentra en estas notas de la autora, en que une su experiencia con las de su amiga: "Mi única amiga era ya mi prima Angelita; era como yo desgraciada, y como yo lloraba un desengaño. Su marido, aquel amante tierno, tan rendido, se había convertido en un tirano. ¡Cuánto sufría la pobre víctima! ¡y con cuán heroica virtud!. Mi cariño hacia ella llegó al entusiasmo, y mi horror al matrimonio nació y creció rapidamente" (*id.*, *ib.*, págs. 62-3).

9. Deseo de soledad, hastio como consecuencia del desengaño.

(Tula)
"Entonces se operó en mí una mudanza repentina y extraña. Híceme huraña y caprichosa; las diversiones y el estudio dejaron de tener atractivo para mí. Huía de la sociedad y aún de mis amigas; buscaba la soledad para llorar sin saber por qué, y sentía un abismo en mi corazón" (44).

(Carlota)
"Entonces fue desgraciada, entonces las secretas y largas conferencias con la religiosa Ursulina fueron más frecuentes. Su único placer era llorar en el seno de su amiga sus ilusiones perdidas y su libertad encadenada, y cuando no estaba con Teresa huía de la sociedad de su marido y de su suegro" (p. 215).

10. Enfermedad provocada por los disgustos.

(Tula)
"Yo no trataba sino a mi prima, y aquella vida sedentaria, triste y contemplativa, alteró mi salud. Púseme tan delgada y enferma que alarmada mamá me llevó al campo. Allí pasé tres meses de soledad: ¡soledad exterior y soledad de corazón!; no me mejoré, y volvimos a la ciudad (45).

(Carlota)
"Carlota, cuya delicada salud declinaba visiblemente, manifestó a su marido el deseo de probar si la mejoraban los aires de Cubitas....Permaneció más de tres meses en Cubitas, pero su salud continuaba en tan mal estado y vivía en un retiro tan absoluto, que nadie volvió a verla en la aldea.... nadie se acordó más de Carlota, hasta el día en que agravándose su dolencia, se vio precisada a volverse a Puerto Príncipe" (pp. 229-31).

11. Incompresiones acerca de su comportamiento.

(Tula)
"Pintóseme una loquilla novelera y caprichosa; dijeron que mamá

(44) *id.,ib.*, pág. 48.

(45) *id.,ib.*, pág. 63.

me perdía con su excesiva indulgencia y la libertad que me dejaba de seguir mis extravagantes y peligrosas inclinaciones" (46)

(Carlota)
"Mientras vivió su padre, hombre dulce, indolente como ella, y con el cual podía ser impunemente pueril, fantástica y apasionada, pudo estar también menos en contacto con su nuevo destino" (p. 214).

12. Cambios injustos en herencias debido a intrigas familiares.

(Tula)
[El abuelo de Tula, que la había acogido al romper su compromiso, va a vivir con su tio y sus primas]:"No desperdiciaron ningún medio para prevenir en contra de mamá y de mí al pobre viejo paralítico, que sin vigor físico, ni moral, era una cera muy a propósito para recibir todas las impresiones. ¡Consiguieron su efecto! Mi abuelo murió tres meses después de mi rompimiento, y apareció un testamento en que anulaba el que había hecho en favor de mamá y de mí, dejando su tercio y su quinto a mi tio Manuel, en cuya casa murió"(p. 47).

(Carlota)
"Débil de carácter don Carlos, y más debil aún después de dos años de enfermedad, que habían enflaquecido a la vez su cuerpo y su espíritu, fue una blanda cera entre las manos de hierro del astuto y codicioso inglés, que logró hacerle dictar un testamento en el cual dejaba a Carlota todo el tercio y quinto de sus bienes. Ignoró Carlota esta injusticia hasta que, muerto su padre, se le enteró de sus últimas disposiciones, en las cuales vio la prueba inequívoca de la avaricia y bajeza de su suegro. Explicóse franca y enérgicamente con Enrique, declarando su resolución de no

(46) *id.,ib.*, pág. 60. Hay una mínima variación en la inversión de funciones: la madre de Tula, en la realidad, y el padre de Carlota en el texto son los que ofrecen equivalencias. "Mamá era y es un ángel de bondad, pero el gran defecto suyo es un carácter tan débil, que la constituye juguete de personas que le cercan. Mis tios la inducían a tratarme con rigor" (*id.,ib.*, págs. 57-8).

(47) *id.,ib.*, pág.60.

aprovecharse de aquel abuso cometido, devolviendo a sus hermanas, injustamente despojadas, aquellos bienes arrancados a la debilidad por la codicia" (ps. 214-15) (48).

5. CONSIDERACION FINAL

En resumen, puede decirse que *Sab* constituye fundamentalmente -además de un homenaje a la lejana Cuba- un estado de cuentas de la vida de la autora hasta la fecha en que escribe. Vida todavía breve, escasas experiencias que corresponden a corta realidad; y en la que no sabemos en qué medida la historia diseñó la literatura y la ficción contaminó la formulación de la vida por parte de la Avellaneda. Lo que parece indudable es que el ambicioso intento de novelar una pasión delirante en la situación límite del esclavo enamorado de su ama, o cualquier otro aspecto del relato por importante que sea, no debe acallar la voz quizás involuntaria de Tula, todavía muy joven, que nos dice desde su primera novela: "Yo soy Carlota". Y mejor aún: "Yo hubiera sido Carlota".

(48) Indudablemente estos ejemplos no agotan las coincidencias vida-literatura en *Sab*; se podría añadir, por curiosidad, la afición de la Avellaneda a la lotería que parece ser temprana en ella a juzgar por el medio elegido para la resolución de la novela. (Cfr. Introducción a sus *Obras*, ed. cit., pág. 81). En cuanto a otras coincidencias con la realidad, si bien estamos de acuerdo con H. Percas Ponsetti en cuanto a su interpretación del abolicionismo y del costumbrismo en *Sab*, no lo estamos en cuanto a la consideración del "minucioso análisis psicológico" (art. cit., pág. 357) como el rasgo sobresaliente de la obra, y, sobre todo, de la identificación que hace de Cepeda con Enrique Otway. Cepeda no fue, como asegura H. Percas, el "primer desengaño de amor" (art. cit., pág. 353) de la Avellaneda, y no existen testimonios concluyentes de que su carácter y el desarrollo de sus relaciones con la escritora cubana por él fueran similares a lo acurrido con el pretendiente de Carlota. La misma indiferencia —relativa, como todo lo que atañe a la Avellaneda— con que la autora habla de *Sab* en su relación epistolar con Cepeda o en sus notas autobiográficas también dirigidas a él, bastarían para probarlo.